

num.
73

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

Julio
26
1928

El Día Gráfico



Rafael Muroia, protagonista del film nacional
Gaumont «La última cita»



Pola Negri y el Príncipe Sergio Mdivani, su esposo, a su llegada a París...



Dolores del Río y Charles Farrell, en el Film
Titan Fox, para la próxima temporada,
«La Bailarina de Moscú»



Dorothy Sebastian y Anita Page, lindas actrices de la M. G. M., son ardientes entusiastas de la natación

VEINTE AÑOS DE REPORTAJE A TRAVÉS DEL MUNDO

La misión de L. Lesaint a la Tierra de Fuego

Nuestro velero hacía cinco días que había abandonado Punta Arenas. La tempestad estaba desencadenada, parecía como si se abriera el Universo, y las olas barrían el puente sin intermitencia, lo que hacía nuestra situación muy difícil, ya que no podíamos abandonar la cala, siendo nuestra posición de lo más incómodo que darse puede, puesto que ésta estaba casi en su totalidad ocupada por el material y, además, era demasiado baja de techo para que pudiéramos estar de pie. Al venir a Tierra de Fuego a impresionar una película, tanto Mr. Castelnaud, jefe de la misión, como yo, teníamos la convicción de que nos habíamos metido en una aventura demasiado impremeditada; en una palabra: que era una locura lo que hacíamos. Las horas de la noche, las aprovechaba para cargar mis aparatos, pero esta operación se me hacía muy difícil y penosa por los continuos y violentos bandazos del barco. Por otra parte, la humedad, en la que nadábamos continuamente, me obligaba sin cesar a soldar las cajas metálicas que contenían nuestra película virgen; lo que quiere decir que no tenía ni un minuto de reposo, debiendo acudir a todas partes.

Pronto divisamos algunas columnas de humo que se elevaban en el horizonte, revelándonos la proximidad de un campamento de indios «Alakufs» últimos vestigios de una raza que va desapareciendo paulatinamente. Inmediatamente decidimos probar nuestra suerte. Desembarcamos, y yo, con mi carga sobre la espalda, voy avanzando con dificultad, hundiéndome hasta las rodillas en una especie de fango espeso y blando, cubierto traicionadamente de musgo y maleza.

Por fin llegamos a dar vista a las «crucas», especie de chozas redondas, construidas con ramas de árbol y cubiertas de hojas y pieles de foca. Un agujero en la parte superior permite la salida del humo constantemente; y digo constantemente, porque para estos seres primitivos, es preciso que eternamente, bajo pena de muerte, esté el fuego encendido; esta es la causa por la que a esa parte de mundo se la denomina Tierra de Fuego. En el interior de estas chozas, aproximadamente de unos dos metros de diámetro, y en medio de una humedad densa y acre, que no parece molestarles absolutamente nada, viven

mezclados hombres, mujeres, niños y perros.

Nos aproximamos sin hacer ruido y podemos comprobar con pena, que aquellos desgraciados van casi, o completamente, desnudos.

Algunos, sin embargo, llevan las prendas más raras que imaginarse puede, y de la manera más pintoresca; quien lleva un chaleco, otro una americana, otro un traje disparatado, restos, sin duda, de saqueos de buques naufragos.

Tan pronto como se dan cuenta de nuestra presencia, se meten en sus chozas lanzando agudos chillidos que no tienen nada de tranquilizadores.

Por más que les enseñamos galletas, tabaco y alcohol, no podemos conseguir que salgan. No hay medio de hacerlos abandonar las chozas. Luego, los perros ladran desesperadamente y nos enseñan sus blancos dientes, cada vez más amenazadores. Me aproximé, en un alarde de valor, y levanté la piel de foca que, a guisa de cortina o puerta, tapa la entrada de una choza; este gesto mío, que pudo tener gravísimas consecuencias, provocó la salida de una horda que aulla, gesticula y amenaza hasta tal punto, que me obliga a batirme en retirada, teniendo a raya a aquellos salvajes, gracias a mi revólver al que parece respetan más que a mí. Completamente fracasado y lleno de fango hasta los ojos, vuelvo de nuevo a bordo del «Júpiter».

—Puesto que aquí no podemos hacer nada, dijo Mr. de Castelnaud, pongamos proa a Muno Ganeiro, allí hay un depósito de carbón bajo la dirección de un guardián, que es el único que tiene alguna influencia sobre los indios, en su calidad de agente del Gobierno chileno; este hombre puede sernos muy útil.

Al llegar a Muno Ganeiro, el guardián mencionado, que vivía miserablemente con su reducida familia, nos recibió con la alegría que puede suponerse; le llevábamos el bienestar, la dicha, gracias a nuestras grandes reservas de víveres. Se puso inmediatamente en campaña y nos trajo a todos los componentes de una tribu de Alakufs, a los que dejó a nuestra disposición una vez les hubo quitado las armas.

Confieso sinceramente que no las tenía todas conmigo al encontrarme en presencia de aquellos salvajes, después de mi última aventura. La dificultad más grande, estaba en hacer-

les comprender lo que deseábamos de ellos. A pesar del tabaco, los bizcochos, las cuentas de vidrio y otros objetos y chucherías sin importancia, no querían saber nada. El único argumento que pareció convencerlos un poco y les hizo deponer su fiera actitud, fué la presencia de una garrapa de «grappa», un alcohol natural muy fuerte que absorbían con deleite y del que usamos con prodigalidad y aun abusamos, dando de beber a toda la familia. Una madre que amamantaba a un pequeñuelo bebió tanto como cualquier hombre de la tribu, y hasta dió de aquel brebaje a su babosillo. El resultado de aquella bacanal no se hizo esperar. Pronto estuvieron todos completamente borrachos, hasta el extremo de parecer muertos. Escuso decirles a ustedes. ¡Cualquiera filmaba con semejantes actores!... Era preciso esperar a que pasaran los efectos del alcohol y se despertaran. Mientras tanto, pude observar con horror, que el mamoncillo, que creí reventaría, no parecía muy incomodado por la dosis de alcohol ingerida, y hasta noté que era el único de la tribu que había conservado la lucidez de sus facultades.

Tuve que «rodar» entre aquellos borrachos y tardé ocho días en ejecutar un trabajo que, normalmente, no me hubiera costado ni tres horas.

Con la noche no venía el reposo más que a medias. Como las perdices, teníamos que dormir con un ojo abierto, y con el revólver al alcance de la mano. Estos indios, cuya característica principal es la de ser muy ladrones, venían amenudo a merodear alrededor de nuestra tienda, y no retrocedían ante nada ni ante nadie para satisfacer su afición inmoderada por el alcohol. Felizmente poseíamos un buen guardián; el fiel «Cabodhiorn», el perro del depósito que dormía junto a nosotros.

Esta semana de trabajo en Muno Ganeiro, me pareció un siglo, así es que experimenté una alegría sin límites cuando me encontré de nuevo en el puente del «Júpiter» que se hizo a la mar con rumbo al Cabo Horn, el famoso Cabo de las tormentas. El espectáculo que se presentó a nuestros ojos, era sencillamente maravilloso.

Fjords magníficos, montañas cubiertas de nieve, glaciares impresionantes, desfilaban sin cesar ante nuestros asombrados ojos. Yo no hacía más que filmar sin descanso todas

HABLANDO CON LAS "ESTRELLAS"

Lo que dice Jeanne Helbling

Su piel tiene la delicadeza y la palidez del ámbar. Sus ojos son tan claros como las aguas transparentes de un mar tranquilo. Su deliciosa sonrisa, fácil, graciosa y picaresca, descubre unos dientecitos menudos y blancos, perfectamente alineados, de gatita. Sus cabellos largos, trenzados negligentemente sobre una nuca fina, de virgen griega, le dan cierto aire romántico de joven de otra época. Su voz dulce, a la par que melódica, revela una naturaleza y una voluntad muy firmes, sin que por ello se resienta en lo más mínimo su feminidad.

Después de haber terminado sus estudios, Jeanne Helbling, ante el imperativo de la vida, y obligada a elegir un oficio, vaciló entre el dibujo industrial y el cine; este último fué el que se la llevó. Sin la más leve recomendación, esta joven que no conocía más que la dulzura de la vida y la paz de los pensionados de provincia, penetró en los Estudios, donde reinan el tumulto, el polvo, el desorden y la fiebre.

Simple figurante, trabajó en aquel mundo completamente nuevo para ella, en una especie de vértigo que le producía cierta inconsciencia, hasta que,

aquellas maravillas, cuya magnitud y grandeza no puede reproducir ni el mismo cine.

A la vuelta, y de paso por la isla Marta, aprendí, y fué a mis expensas la lección, que es muy peligroso molestar a las aves cuando duermen. Esta isla, cuya longitud no excederá de unos dos quilómetros, está siempre ocupada, en su totalidad, por patos silvestres, pingüinos y cormoranes, de tal manera apiñados, pegados los unos a los otros, que cuando se posa la mirada sobre ellos, dan la sensación de ser un suelo movedizo. Quise desembarcar con mi aparato, y nada más llegar a tierra para rodar, tuve la desagradable sorpresa de hundirme en estiércol hasta las rodillas. Entonces disparé mi fusil para asustar a todos aquellos pájaros. Una verdadera nube levantó el vuelo, obscureciendo el sol completamente, y, en menos tiempo del que tardo en escribirlo, me encontré inundado de una materia mal oliente, que me arrojaban aquellos encantadores volátiles, mientras describían caprichosas curvas alrededor de mi cabeza y armaban una barandada infernal.

Después de tanta peripecia, no me cabía duda sobre la suerte que correría la película documental de «Tierra de Fuego» que por adversa y mala que fuese, siempre sería mejor que la mía.

L. LESANT

más habituada a todo lo que a su alrededor pasaba y siendo como era una alumna aventajada, pronto pudo darse cuenta de su situación y hacer su composición de lugar; a copia de valor y confianza, aprendí las lecciones que constantemente recibía, haciendo caso omiso de la fatiga que muchas veces se apoderaba de su delicada y frágil persona, después de días y días transcurridos en un trabajo agotador.

—No me he sentido nunca atraída por el teatro—me decía, una de las últimas noches en que disfrutaba un reposo, bien merecido después de haber "rodado" todo el día, bajo la dirección de Jean Renoir, un famoso film—. Me hubiera seducido más el music-hall, porque adoro con apasionamiento el baile, no el clásico, al que encuentro desprovisto de interés, porque lo juzgo artificial, sino la danza rítmica, que exalta la belleza del cuerpo y a la vez, le da desarrollo y vigor. Creo que la danza es un arte excelente que debe practicarse por los artistas de cine, porque nos enseña el valor exacto del gesto y da una cierta cadencia que es particularmente necesaria en el cine; por desgracia, me falta entrenamiento, porque no tengo valor suficiente para hacer ejercicios coreográficos, antes o después de una jornada de ruda labor en el Estudio.

—Es un asunto muy serio y muy difícil—dice, mientras se arregla y recoge sobre la garganta alabastrina, el cuello demasiado abierto de su blusa—; decirle a usted así, rápidamente, cuales son los artistas que me entusiasman más...

Hay un corto silencio. Jeanne ha bajado sus párpados en actitud meditativa.

—Charlie Chaplin va a la cabeza—dice, por fin, con aire de seguridad y calma—no sabré yo decirle el por qué, además de que este tema ya hay otros que lo han desarrollado con antelación, pero creo que Francia es el país del mundo que mejor comprende el genio de ese coloso de la pantalla.

Con respecto a los demás artistas, no es una empresa fácil hacer una selección. No obstante, para mí—continúa diciendo—Catherine Hessling me parece una figura significativa; su personalidad es ardiente, su físico muy particular y su sentido del cine, asombroso.

De América, una artista sobre todas me gusta: Florence Vidor; es lo que se dice una verdadera "cara femenina". Tanta gracia aliada a tan dulce firmeza, tanto tacto a tanta inteligencia y gusto, son cualidades que raramente se encuentran reunidas en una misma persona. Luego se viste muy bien, con una deli-

cada originalidad, que dista mucho de ser ese lujo insolente al que tan aficionada son algunas artistas americanas.

—Yo busco todavía mi camino y mi emplazamiento—declara, con un dulce fulgor en sus ojos claros—. He pasado largo tiempo desempeñando papeles dramáticos o de una inmensa melancolía.

En los primeros tiempos de mi carrera cinematográfica, he vivido entre lágrimas, suspiros y gemidos patéticos. De este primer período he conservado un recuerdo duradero; mi creación en "Los Grandes". No obstante, yo estaba dispuesta a afrontar la fantasía ligera, frívola; tenía deseos de moverme en un ambiente de luz y alegría, y encontré la ocasión de ello, gracias a Epstein, que me utilizó en su film "El espejo de tres lunas". Hasta el presente, creo que este es mi mejor papel; tengo la impresión de haberlo desempeñado "seriamente", como tengo la convicción de haber aprendido mucho, ya que Jean Epstein es un excelente "metteur", que sabe dirigir con justeza a sus intérpretes.

Sus ojos llenos de reflejos encantadores, inician una sonrisa y sus manos nerviosas y finas se cruzan sobre la mesa, en la que se dibuja el círculo luminoso proyectado por la lámpara. Jeanne Helbling, termina así:

—Vea usted: al comenzar mi carrera, me producía un placer indescriptible verme en la pantalla, pero a medida que avanzo en la profesión y adquiero experiencia, más descontenta estoy de mí misma: nunca logro alcanzar lo que he concebido.

La melancolía de la historia, es que un artista de cine, no sabe más exactamente dónde va; su juego está lleno de haluceos; va a tientas, trabaja en el vacío, no puede ver el resultado de la expresión que quiere dar; sólo el "metteur" puede corregirle. Es una cosa que hace desfallecer y que apasiona.

Si tenemos el don—terminó diciendo—de exteriorizar los sentimientos necesarios a una intriga, nos precisa, además, mucha paciencia y mucha voluntad, y trabajar con ahínco y concienzudamente, para llegar un día a dar la expresión acabada.

MARIANNE ALBY

Un papel para Mary Astor

Los jefes de las producciones de Frist National, han designado a Mary Astor para el papel principal en «Once There Was a Princess». La fotografía se empezará durante el mes de abril, y el jefe de producción será Did Gunning. Todavía no se ha escogido el director de la cinta.

Entre la gente
de bronce

Una Java

Un antro... un antro con su atmósfera especial, pesada, abrasadora, que le da una nota muy original de color. Creo que nos encontramos en pleno imperio de la gente brava, y digo «creo» porque jamás me he visto en lugares semejantes...

...Es la decoración cien veces descrita... donde nada falta, ni aun el cisco y escándalo bochinchero... inevitable si se tiene en cuenta el ambiente.

—Contaré hasta cinco—exclama Jean de Lize—; después, cuando dispare un tiro cesará la bronca. ¿Comprendido?

El revólver no dispara.

Se vuelve a comenzar: el revólver, como la conocidísima «carabina de Ambrosio», no dispara hasta el tercer intento, que es el que sirve.

...A través de la humareda gris y acre de las pipas y de las colillas pegadas en la comisura de los labios, apuradas hasta lo inverosímil, se reconocen perfectamente, aunque un poco desdibujadas, algunas figuras patibularias. En primer término veo a Jean Angelo, apache singular, caído en la abyección por un fenómeno de atracción del abismo, a quien recuerdo haber conocido en otra ocasión hecho un verdadero «gentleman»; veo también al inquietante y abstracto Viguié; a Ivonneck, el matarife... Y entre toda esa podre, entre todos esos detritus de la sociedad, entre ese mundo equivoco y heterogéneo, se encuentra, como una perla en un estercolero, la encantadora y elegante Henriette Delanoy, que ayuda con su enorme talento a la célebre bailarina Momy Arté. ¡Qué antitesis! La gran «vedette» de music-hall ha querido ver con sus propios ojos, en su verdadero ambiente, bailar la Java pura, sin mistificaciones ni florituras rítmicas, sin prever las consecuencias de su curiosidad.

Y este es el punto de partida de la intriga.

¡Uf! ¡Qué atmósfera!... Hémos de nuevo respirando aire puro.

Se «ruedan» escenas importantes en las calles de Nenilly, y en los talleres de las manufacturas Levasseur, el gran constructor de aeroplanos, Jean Angelo que nunca tuvo deseos, y si los tuvo, le faltaron las ocasiones de volar, se hace explicar, detalladamente, el manejo de un super-avión en construcción.

Luego, los grupos electrógenos deambulan, hasta ir a parar al Hotel Radio, en la Avenida de Clichy. La atmósfera ha cambiado: champagne y jazz trepidante... Aquí se respira mejor que en el estudio Mencheu.

Los días pasan. El trabajo prosigue con exactitud matemática sin sensibles retrasos en el horario previsto de antemano. Se filma ahora en el Ca-

Dos Muchachos Revoltosos



Joe Cobb y Jackie Condon

UNO de los triunfos más notables del cine es el uso de chiquillos, varones y mujercitas, tomados de la vida real, en lugar de los afinados, empolvados maniqués que figuraban en las tablas hace algunos años. A Rob McGowan, director de las comedias de «La Pandilla» de Hal Roach, corresponde el mérito mayor por haber retratado en la pantalla la verdadera

vida de los muchachos en escenas de intenso realismo. Gracias al conocimiento que Mr. McGowan posee de los niños y de sus juegos infantiles, Joe Cobb y Jackie Condon se han hecho populares en todo el mundo. Son dos pilluelos muy malos y revoltosos (en la pantalla), especialmente el flaquito Jackie; pero sus mismas picardías los han hecho simpáticos a millones de aficionados al cine.

sino de París: esta será la última semana de la película.

De Size y Henry Roussel dan los últimos toques a unas escenas obtenidas con un éxito enorme con las famosas «Tiller Girls» a las que se ha añadido en esta ocasión el tipo más pintoresco y divertido que darse puede: Hubert Daix.

Henriette Delannoy baila, a su vez, una pavana con mucho estilo, después una Java sensacional, inspirada en lo que vió en aquel antro, en aquella guarida de apaches. En lo más alto, en la entrada general, perdido entre los espectadores, Jean Angelo triste y grave, mira apasionadamente a la bailarina.

...Y por fin llegamos al último día..

Boulevard Ney, un cuarenta caballos se detiene: descienden de él, un caballero con gabán, una dama con capa de armiño y un clown con smoking, y se aventuran por los barrios más populares...

Las cuatro de la mañana acaban de sonar. Los proyectores lanzan sus haces lúminosos... los bomberos preparan sus mangas para imitar la lluvia... Nuestros tres personajes, calados hasta los huesos, tiritan de frío y dan diente con diente.

¿Qué importa la fatiga? El film ha terminado, que es lo que se quería demostrar.

Jean de Size, sonríe satisfecho.

P. HOF

Walter Issing, campeón de los ochocientos y mil metros, había ido a Londres en compañía de su entrenador y amigo, Oscar Krell, para disputar los campeonatos "amateurs" de Inglaterra.

En el concurso de los ochocientos metros, Walter tenía que enfrentarse con un campeón, un adversario invencible, el inglés William Darrick, al que, según su "manager", no había quien pudiera vencerlo a esa distancia.

Pero Walter Issing, tanto física como moralmente, estaba en la plenitud de sus facultades y poseía la confianza y autoridad, que son los principales elementos que conducen a la victoria.

Por fin, tuvo lugar la prueba, ante una inmensa multitud que se había reunido en la pista de Stanford Bridge; Walter Issing, después de una lucha disputadísima, pudo batir netamente a su adversario William Darrick.

Mientras el vencedor era llevado triunfalmente por un grupo de jóvenes deportistas que lo aclamaban con delirio, una mujer joven y hermosa se aproximó al vencido y estrechándolo entre sus brazos le dijo:

—¡No hay que desesperar, William! Ten confianza en mí! Has perdido en Londres, pero en Berlín, en los campeonatos de Alemania, podrás tomarte la revancha. ¡Allí ganarás!

La misma tarde de estos sucesos, en un banquete ofrecido por la Prensa al triunfador, encontró Walter ante su plato un magnífico ramo de rosas. No lejos de él, en una mesita aparte, una mujer sonreía misteriosamente.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Walter a su vecino.

—Esta criatura es un enigma. No sabemos de ella más que su nombre: Sonia Saskin—respondió el interpeorado.

Walter dudó largo rato si sería la enigmática Sonia la admiradora que le había ofrecido el ramo de rosas. No podía asegurarlo; necesitaba una prueba más fehaciente. Al día siguiente, en el tren que le conducía a Berlín, tuvo la sorpresa de encontrarse con Sonia, que viajaba en el mismo. No obstante los cuidados y la atenta vigilancia del "manager", Oscar Krell, esa mujer se dio maña para entablar relación con Walter. Subyugado por sus encantos, tentado por esta aventura amorosa, el joven aceptó la invitación a comer que le hacía Sonia para aquella misma tarde, en Berlín.

Mas, apenas se deshizo de los entusiastas abrazos de sus amigos y las aclamaciones de sus compatriota, Walter corrió a abrazar a su anciana madre, cuyos besos eran para él la joya más preciada que existía sobre la tierra.

Al ir a casa de su madre lo hacía también con cierto egoísmo. Estaba seguro de encontrar en ella a alguien

a quien tenía en mucha estima: era la deliciosa Jane de Wyllen, con la que hacía tiempo sostenía relaciones, muy avanzadas, si se tiene en cuenta que se habían cambiado los consabidos juramentos y estaban comprometidos para contraer matrimonio en fecha no lejana.

—Después de tu magnífica victoria—dijole Juana—espero que mi padre, a pesar de ser un acérrimo enemigo de los deportes, no sabrá negar el consentimiento para nuestra unión. Ven y háblale esta tarde después de comer. Ya me encargo yo de prepararlo.

Sin embargo, Walter no pensaba más que en la cita que le había dado la misteriosa desconocida que encontró en el tren. Era el momento decisivo de escoger entre el verdadero amor y la aventura.

William Darrick, ligado a la existencia de Sonia por no se sabe qué lazos, encontró, al entrar en casa de ésta aquella tarde, una mesa exquisitamente servida.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—Esto quiere decir que espero a comer a alguien—respondió la joven—. ¡Ten confianza en mí! Y ahora, ¡vete! ¡No permanezcas aquí! Desde el día en que allá en Rusia arriesgaste tu vida por salvar la mía, juré ayudarte en toda ocasión y en lo que mis fuerzas me permitieran. Todo esto que hago, lo hago por tí; si ahora no comprendes, no te enojes, ya lo comprenderás más tarde. El que espero no debe verte aquí. No me pidas explicaciones.

Asombrado, inquieto, herido en sus sentimientos amorosamente tiernos que creía correspondidos, William, a pesar suyo, aceptó y se retiró. Y, mientras que Jane Wyllen se esforzaba en vano por hacer comprender a su padre que el hombre amado era uno de esos grandes atletas que sirven la causa de su país al servir la del deporte, Walter, decididamente conquistado por aquella aventura que la suerte le deparaba, se fué a casa de Sonia.

Fué aquella una noche de ensueño, en la que el joven atleta parecía como si hubiera perdido su férrea voluntad y hubiera quedado a merced de aquella extraña dominadora, que lo convertía en su esclavo.

Pasaban los días. Los campeonatos se aproximaban y la desesperación de Oscar Krell, entrenador de Walter, no tenía límites al observar el abandono en que éste tenía su entrenamiento.

William Darrick, por el contrario, no perdía el tiempo. Sobrio, enérgico y fuerte, y sometido a un durísimo entrenamiento, estaba en el apogeo de sus facultades.

Algunos días después tuvo lugar en el Sport Club una "soirée", a la que asistió Walter en compañía de Sonia. Darrick reconoció entonces al hombre que Sonia intentaba aniquilar, al hombre por el que esta mujer le

tenía semiolvidado. Comprendió entonces el objeto de su amiga, pero su vergüenza deportiva hizo un llamamiento a su recta conciencia, y se negó rotundamente a obtener la victoria por tales procedimientos.

—Mis músculos, mi corazón, mi voluntad... con esto tengo lo suficiente para ganar—exclamó—y ignoraré lealmente! Estas palabras, pronunciadas con exaltación, fueron como un rayo de luz para Walter; comprendió inmediatamente que era víctima del juego de la pérfida Sonia, cuya finalidad consistía en aniquilarlo para los campeonatos.

Después de haber obtenido el perdón de Jane de Wyllen, se dedicó poniendo especial cuidado, a su entrenamiento con una energía indomable.

El día de la carrera, Sonia, gracias a una carta en la que le anunciaba su marcha a América, consiguió atraer a Walter otra vez a su casa, y una vez en sus redes despachó con un pretexto cualquiera el auto que lo había conducido hasta allí.

Entonces vino la declaración de amor, la súplica ardiente de una mujer que se ve caída en su propia trampa, que es víctima de su juego.

—Daniel me salvó la vida en otro tiempo... para él no tengo otro sentimiento que el del reconocimiento. A tí te adoro, te amo con pasión... no quiero perderte... ¡No me importa la carrera de campeonato! Me importas tú solamente. ¡Partamos inmediatamente los dos lejos de aquí!

Frío y desconfiado, Walter escuchaba a esta mujer e intentaba en vano poner fin a la penosa escena.

Allá, en el estadio, el manager Oscar Krell vivía minutos crueles; sabía lo que era la amargura de la espera. Dentro de media hora escasa se daría la salida para la carrera de los 1,500 metros, y Walter no estaba allí...

Una hada caritativa y buena velaba, sin embargo; Jane de Wyllen, saltando en su auto se precipitó rápida a casa de Sonia, donde, sin duda, esperaba encontrar a Walter. No se había equivocado: llegó en el preciso momento en que aquella mujer intentaba poner fin a su vida.

—De prisa—dijole a Walter—; mi coche está abajo, tómallo y parte veloz al estadio... Ya quedaré yo al lado de ella.

Después de una carrera local, Walter Issing llegó al estadio. En aquel momento, el "starter" levantaba su pistola para dar la salida. Entonces se oyó una aclamación del público, y pudo verse cómo un hombre se precipitaba para alinearse con los demás corredores... pero era tarde; éstos habían partido veloces en aquel preciso momento.

Con una energía sobrehumana alcanzó al último corredor y lo pasó; luego se unió al grupo general, y, por fin, cortó la línea de llegada con

MARY PHILBIN

"Estrella" de la nueva producción de David W. Griffith

Una extraña criatura es Mary Philbin, una de las más populares estrellas cinematográficas, pero cuya vida privada es quizás la menos conocida de todas las luminarias de la pantalla. La mayoría de los lugares de Cinelandia no relacionados con su trabajo, son desconocidos para Mary Philbin. Los cabarets no la conocen, y el público puede admirarla sólo de vez en cuando en algún teatro.

Por más sorprendente que pueda parecer a los millares de admiradores de Mary Philbin, los ojos de la artista son de un matiz grisáceo, que por una rara sutileza de la naturaleza, al ser fotografiados aparecen negros, suaves, y de desconcertante profundidad. Sus facciones, de perfil cin-



STON LAUREL ("Campanillas")

un cuerpo de ventaja sobre su adversario.

Algunos instantes después de este acontecimiento deportivo, un avión que se disponía a salir iba a llevar lejos de Europa y de su dulce amor a Sonia Saskin. Un hombre avanzó resueltamente hacia ella con un ramo de flores: era Walter.

—¡Perdóneme, señora!

—Perdonar—respondió Sonia con amargura—, perdonar, renunciar, partir... este es mi destino...

Y cuando el avión se elevó majestuosamente, a los pies de Walter, del cielo cayó una rosa... Recuerdo de una gran perfidia y de un amor sin límites...

lado como un camafeo, ven sus clásicas líneas alteradas un tanto por la de la nariz, cosa que no hace más que añadir mayor encanto a su conjunto seductor.

Su cabello, que ha resistido a la devastadora tijera del peluquero, es brillante y de color castaño oscuro, que armoniza perfectamente con la blancura de su tez, y nadie supuso nunca hasta que David W. Griffith la ha demostrado en «Ruidos de Amor» que una cabellera rubia pudiera realzar el encanto de su belleza.

El manantial de su habilidad cinematográfica es un misterio. Ni sus familiares, ni sus antepasados han seguido el sendero de Thespis, por lo que es todavía más notable su encumbramiento.

Mary Philbin nació en Chicago y asistió a la escuela de Windy City. Cuando un periódico de aquella ciudad organizó un concurso de belleza hace cinco años, Mary Philbin quizás inspirada por la misteriosa voz del Destino, decidió concurrir a él, pero aplazando el envío del retrato, acabó por olvidarse del asunto. Por lo que fué grande su sorpresa cuando un día recibió una carta del director del periódico rogándole que pasara personalmente por la redacción pues su retrato había sido elegido entre otros cinco mil, lo que la sobrecogió grandemente pues el retrato que su madre había mandado sin conocimiento suyo era de algunos años atrás.

A causa de este concurso, Erch von Stroheim tuvo ocasión de verla, y atraído por su belleza la rogó que trabajara para él, sugiriéndola la idea de que demostrara cómo hubiera interpretado el rol que Lillian Gish desempeñó en «Corazones del Mundo». Von Stroheim, comprendiendo inmediatamente que la muchacha poseía un talento real cablegráfico a Carl Laemmle, que en aquella época se hallaba en Alemania, para que la contratara por cable, consejo que el «tío Carl» siguió fielmente, dando a Mary Philbin la entrada en Hollywood.

Su primer papel principal lo obtuvo en «La Franca Alegría» y desde entonces ha presentado muy buenas creaciones.

Miss Philbin es educada y de muy buenos modales... hasta el punto de que llega a parecer algo «anticuada». Su conversación es una feliz unión de la vivacidad juvenil y la erudición madura que de momento admira al auditorio. Es una lectora entusiasta y se puede asegurar que hay muy po-



RALPH GRAVES

cos libros realmente buenos que no le sean familiares.

Miss Philbin ha evitado siempre el interpretar caracteres fuertes, prefiriendo, con gran acierto, desempeñar roles como el que crea en la nueva obra de Griffith. Comprende que la belleza no es más que una cualidad pasajera, en tanto que las artistas de carácter tienen ante sí una carrera ilimitada. No olvida que hay muchos ejemplos de mujeres, en un día bellezas reinantes que ahora están batallando por un pequeño lugar en la cinematografía, por lo que aún cuando han habido y habrán muchas mujeres que confíen tan sólo en su belleza física. Mary Philbin no cometerá nunca esa falta, con lo que demuestra que es una mujer de talento.



"TOMASIN"

Una película de aviación

Los "ases" de la Gran Guerra en la pantalla

¡Imaginos por un momento la impresión de los espectadores si en la próxima película de Greta Garbo y John Gilbert apareciera la primera como una regordeta matrona y Gilbert con el desarrollado abdomen de un cervicero! Mas nunca sucederá esto. Es absolutamente imposible, porque el contrato que ambos han firmado sería nulo tan pronto como se extralimitaran de su peso actual. Los contratos de todos los artistas del cinema incluyen una cláusula de anulación en el caso de que cambie radicalmente su peso y su figura.

Muchas de las favoritas del cinema son, por naturaleza, de contextura esbelta, pero otro grupo tiene que estar en guardia constantemente. Norma Shearer y Ramón Novarro figuran entre los artistas notables que se dedican al deporte y a los ejercicios físicos por el mero placer que de ellos se deriva. William Haines, por el contrario, es propenso a la obesidad. Se alimenta parcamente y se entrega a actividades que tienen influencia decisiva contra el aumento de peso.

Y así tenemos a Bert Roach en "La Ruta del 98", y otras cintas de la Metro-Goldwyn-Mayer. Bert practica el golf porque le gusta este juego. Evita todo ejercicio físico que tenga la virtud de reducir el peso, porque Bert es un individuo rechoncho que parecería distinta persona si perdiese carnes. Se le exige mantenerse razonablemente gordo. Por fortuna, le es más fácil ser rechoncho que esbelto, de manera que él come sin reparo y atiende sonriente a sus asuntos.

Bert puede compararse con aquellos dos cómicos de otros tiempos, John Bunny y Fatty Arbuckle, que habrían ingresado muy pronto a la legión de desocupados si su peso en quintales hubiese bajado a kilos. Es de esperar que Roach no se vea obligada a alcanzar un peso aproximado al de cualquiera de los dos primeros. Está mucho mejor en su actual placentera obesidad, en que el buen humor, la jocosidad y la satisfacción de vivir se funden agradablemente.

Las mujeres que se aproximan a la rotundidad de Roach, no tienen gran cabida en el cinema. Hay unas cuantas actrices característica decentemente obesas, pero las estrellas necesitan estar vaciadas en el molde de Venus. Una heroína gorda o un héroe feo se conquistaría difícilmente el favor del público.

Para llenar la cláusula del contrato referente a la conservación invariable de su peso, las artistas toman dos medidas: atención cuidadosa a su alimentación, sin convertirse por ello en fanáticas de la dieta, y un programa de ejercicios físicos convenientemente regulados para evitar el desagradable desarrollo muscular de las muchachas atléticas.

Joan Crawford, la Venus entre las artistas de la Metro-Goldwyn-Mayer, se ha conservado toda su vida en espléndidas condiciones, mediante el baile. To-

ATALAYA

La danza y el cinematógrafo

Aviadores famosos en el mundo entero—héros aliados y alemanes, supervivientes de la Gran Guerra—se han congregado en Hollywood atraídos por la simpatía de los productores cinematográficos hacia las películas de aviación. Como fantasmas del pasado, los demonios del aire afluyen a la capital de la cinematografía para revivir la parte que tomaron en la guerra, pero esta vez al unísono de las máquinas fotográficas.

Una sola película, es espectáculo aéreo de Los Artistas Asociados de un millón de dólares, tiene más de una veintena de ases mundiales para filmar las escenas aéreas. Entre los luchadores del aire, que hicieron su historia durante la guerra y que ahora aparecen en «Angeles del Infierno» se hallan los siguientes:

Ted Parsons, «as» francés y americano, antiguo miembro de la escuadrilla Lafayette y del famoso escuadrón cigüeña de Guynemeyer.

Howard Blanchard, «as» británico ex-miembro del Royal Flying Corps, una de las personalidades más notables de la aviación inglesa, con siete victorias confirmadas en su haber, y poseedor de la Cruz de Guerra y otras condecoraciones.

Rudolph Shad, famoso «as» alemán, uno de los pocos supervivientes del famoso círculo volante del Baron von Richthofen, con catorce victorias confirmadas.

Joachim Rehorst, único superviviente del grupo particular de Rich-

das las jóvenes que aspiran a la fama en el cinema deberían seguir su ejemplo. No sólo contribuyó el baile a la salud y belleza de Miss Crawford, sino que fué también lo que la hizo conocer de los productores de películas.

Los directores del cinema jamás eligen a sus artistas dentro de los muros de una casa ni en la calle. Las buscan frente al público; y como los directores pasan muchas de sus veladas en el teatro, la belleza y gracia de las bailarinas atraen frecuentemente su atención.

La esbeltez es cualidad indispensable, pero la flacura producida por la falta de alimento en una muchacha que no hace ejercicio, despierta la piedad más bien que la admiración. En Hollywood han aprendido esto también. Muchas artistas que se ponían rigidamente a dieta para conservarse esbeltas, han arruinado su salud. La alimentación escasa no responde a las demandas de vida tan agitada; de allí que los ejercicios gimnástico o de la escuela de baile sean tan necesarios como la comprensión de la técnica dramática de la pantalla.



BEN TURPIN

thofen actúa como consejero técnico en «Angeles del Infierno» filmando una reproducción de las hazañas del famoso círculo volante.

Joseph J. Ince, «as» británico, antiguo miembro del cuarto escuadrón australiano del Royal Flying Corps.

J. B. Alexander, «as» americano, ex-vice presidente y director general de la línea aérea San Diego-Los Angeles.

Franck Tomick uno de los más conocidos instructores de la aviación americana durante la guerra, es el jefe piloto de «Angeles del Infierno».

Algunos de los aviadores que lucharon uno contra otro en la Gran Guerra, están de nuevo batallando en la pantalla. Shad, «as» alemán e Ince, héroe inglés, sostuvieron un duelo en el aire en Verdún en el año 1919, resultando Ince gravemente herido y derribado, por Shad. En «Angeles del Infierno» batallan nuevamente. Esta película está basada en un incidente histórico del Royal Flying Corps.

A más de los famosos pilotos que intervienen en «Angeles del Infierno» una de las pocas películas de aviación que han sido filmadas en el aire, Howard Hugues, productor de Los Artistas Asociados, ha contratado a Ralph Douglas, campeón mundial de saltos en paracaídas. Douglas, muy conocido por su valor y osadía es el consejero técnico en todos los saltos que aparecen en la película. Recientemente estableció un nuevo record, dejándose caer 5.500 pies a una altura de 10.000 antes de hacer uso de su paracaídas.

Un record bonito

Van a batirlo "Sadie Thompson" y "El Circo"

«Sadie Thompson», de Gloria Swanson y «El Circo» de Charlie Chaplin, podrán llegar a la respetable suma de 1.000.000 de dólares, en su primera serie de exhibiciones en Broadway, según informan Los Artistas Asociados, compañía que distribuye ambos films.

«Sadie Thompson» está ahora en la cuarta semana de proyección en el United Artists-Rivoli, teatro con capacidad para 2.000 personas. La pasada semana, tercera de la exhibición de la película, batió el record de tercera semana con la suma de 54.182 dólares; en su primera semana «Sadie Thompson» batió todos los records del United Artists-Rivoli por la cantidad de 72.385 dólares, excluyendo la sesión de caridad del día del estreno, a dos dólares entrada. En la segunda semana la película llegó a alcanzar la suma de 70.853 dólares batiendo con ello todos los records, excepto el de su primera semana. La próxima semana «Sadie Thompson» entrará en su segundo mes.

«El Circo», presentado en el Mark Strand Theatre, local con 3.000 asientos, ha rendido en su primer mes 643.159'15 dólares. El negocio de la primera semana fué de 181.206 dólares; el de la segunda, de 170.128'90 dólares; el de la tercera, de 150.206, y el de la cuarta de 141.618'25 dólares.

Las dos películas garantizadas con los nombres y la personalidad de los estrellas batieron todos los records de los teatros en que fueron presentados. Una y otra han sido estrenadas y presentadas sin extraordinarias propagandas en periódicos, radio, etc., hallándose el estrella a miles de miles de distancia y ni una sola vez durante las proyecciones les estrellas han hecho su aparición personal. Nueva York, fué simplemente informado de que Gloria Swanson iba a aparecer en el Rivoli en «Sadie Thompson» y que Charlie Chaplin se presentaría con «El Circo» en el Mark Strand. Todo el que poseyera un dólar y pensara disfrutar con una buena obra cinematográfica, era bien recibido pero no debía esperar, ni ver a las Cuatro Hawaianas, ni al Tío Mike ni ningún otro espectáculo.

Solamente una película... pero una película importante cuyo protagonista es considerado como estrella cinematográfica.

No hace muchos meses, Joseph M. Schenck, presidente de Los Artistas Asociados dijo que el vaudeville no merecía dominar en los teatros cinematográficos.

CAMILA HORN, EN NUEVA YORK

Como llegó a la gran ciudad la gran "estrella"

Cuando Camila Horn llegó a América, en el muelle la esperaba un representante de Los Artistas Asociados, quien no había visto nunca a la estrella ni en persona, ni en la pantalla, ni tan siquiera en fotografía.

«Es rubia y desempeñó el rol de Margarita en «Fausto». Esa fué toda la descripción que le hicieron. Muchas, muchísimas rubias bajaron por la plancha del «Columbus»; rubias, altas, de aspecto impertante; rubias insignificantes, unas lindas, otras corrientes. Una de ellas, la más impresionante «vestida, con un abrigo de martas y seguida de una camarera que conducía un perro fué interrogada:

—¿Es usted Camilla Horn?

—«No»—fué la respuesta.

Y así unas y otras, muchas fueron preguntadas sin éxito alguno, hasta que al fin el representante de Mr. Schenck vió a una joven al lado de una gran maleta, en la que apare-

tar sola... no le gustaba estar sola... ¿por qué habría venido?... Estaba contenta de estar allí... ¿gustaría en Hollywood?... ¿iría allí en barco?... había perdido su perro... ¿era verdad que las flores crecen en medio de las calles en California?... Si Nueva York era tan grande, le parecería que se le caía encima...

Estuvo en Nueva York sólo durante dos días y en ellos sólo pareció oír el ruido de las máquinas y ver personas yendo y viniendo tan rápidamente como si se escaparan del fuego.

La única cosa que compró en Nueva York, fué un perro de lanas de juguete, copia exacta de Buddy McPatrick, su blanco West Highland terrier, que dejó en Alemania.

Cuando Camilla Horn llegó a Hollywood, sólo sabía que a las dos o tres semanas empezaría a trabajar en una película para Los Artistas Asociados, de ambiente moderno, pero sólo llevaba un día en Hollywood cuando John Barrymore la vió y pidió su cooperación para su nueva película «Tempestad» y en una hora fué decidido que Camilla Horn sería la dama del actor más grande de la pantalla.

Miss Horn, no hablaba ni una palabra de inglés y Barrymore absolutamente nada de alemán. Sin embargo una vez en el escenario se comprendieron con el lenguaje internacional del artista, que está compuesto de ardiente simpatía, y vívida imaginación. Barrymore y Camilla Horn, interpretaron sus primeras escenas con una vivacidad y claridad que desafió a todos los idiomas extranjeros y se verá después del estreno de «Tempestad» que la pequeña Miss Horn estará de nuevo «ganz Allein».



HARRY LANGDON

«cía una «H». Era alta y rubia, estaba vestida con un sencillo traje y tenía aspecto atemorizado.

Sí, era Camilla Horn, ganz Allein. Sin camarera y sin perro, sencillamente, una rubia con grandes y abiertos ojos del color de las violetas y simpática y dulce sonrisa. Práctico, ya tenía sus llaves dispuestas para el agente de aduanas y casi parecía dispuesta a ayudarla. Ansiaba ver Nueva York... le parecía extraño es-

Douglas - D'Artagnan

La continuación de Douglas Fairbanks, de su obra «Los Tres Mosqueteros» ha sido escenificada por Jack Cunningham, quien escribió los escenarios de Don Q. y de «El Pirata Negro». Douglas Fairbanks, se ha documentado para la preparación de su nuevo film en las «Memorias D'Artagnan» y otras obras contemporáneas y será una continuación de las aventuras de Artagnan y de los tres mosqueteros.

Sam Taylor, director de Mary Pickford en «La Pequeña Vendedora» y que acaba de dirigir a John Barrymore en «Tempestad», dirigirá esta nueva producción de Douglas Fairbanks.

LOS "ASES" ANTE LAS CUARTILLAS

El año bisíesto en Hollywood

Por Lond Chaney

Los pocos artistas cinematográficos del sexo masculino que se conservan solteros están llamados a «desaparecer», según entiendo, porque legiones enteras de aficionadas al cinema se lanzan al asalto, armadas de las prerrogativas que les ofrece el año bisíesto.

Las muchachas que aspiran a tener como esposo a una notabilidad del drama mudo, inundan de cartas a los solteros proponiéndoles matrimonio, y no falta valerosa doncella que se declare personalmente en Hollywood.

El campo es limitado, sin embargo. Menos de una cuarta parte de los artistas solteros pertenecen al sexo fuerte, y decir que esta pequeña minoría se ve asediada por la juventud femenina, es expresar el hecho con mucha moderación. Nadie sabe tan bien como las estrellas masculinas del cinema que las muchachas se desviven por sus pedazos, y la cantidad de correspondencia que el cartero deposita a sus puertas todas las mañanas, lo prueba de manera indiscutible.

Dos de los galanes más notables de todos los tiempos, figuran en la lista de solteros: Ramón Novarro, de fama universal en «Ben Hur», y John Gilbert, cuyas interpretaciones con Greta Garbo y Renée Adorée han hecho suspirar anhelosas a muchísimas muchachas.

Pertenecen también a la cofradía de solteros en los estudios de la Metro Goldwyn Mayer en Hollywood, William Haines, el héroe en «El sargento Malacara», «Amor, violencia y fortuna» y otras comedias, y Karl Dane, actor cómico de carácter en «El Gran Desfile», «El amor hace milagros» y otras muchas.

Estos cuatro forman sociedad con doce hermosas mujeres que necesitan repetir el «no» a cada momento a sus fervientes y constantes admiradores. Cada una de estas doce mujeres es una belleza y artista de nota. No puede uno menos que sorprenderse de que hayan podido mantenerse solteras por tan largo tiempo.

Descuellan en este grupo Greta Garbo y Marion Davies. La primera es un sirena de la pantalla, una mujer que ha postrado a sus pies a los habitados del cinema en todas partes del mundo.

Es evidente que si la Garbo continúa soltera, es por su gusto. El año bisíesto no tiene especial significación para ella, porque casi todos los solteros de tendencias normales estarían dispuestos a estrechar con ella el nudo matrimonial. Marion Davies es también una de esas estrellas cuyos enamorados llenarían la sala en



NORMA TALMADGE

tera del más vasto de los cines. Esta artista prefiere las piezas cómicas y lleva una vida muy feliz. Aun cuando rehusa casarse con sus enamorados sabe conservar su amistad y, casados o decepcionados, ellos siguen siempre amando a Marion Davies.

Y en cuanto a las otras, puede decirse que ocurre otro tanto. Joan Crawford, además de ser una deliciosa artista, semeja una Venus de Milo, por sus perfecciones físicas. El encanto de Dolores del Río es sin paralelo; Aileen Pringle, Marceline Day, Gwen Lee y Dorothy Sebastián, son muy jóvenes—en este grupo es donde más se deja sentir la influencia del año bisíesto—y, por otra parte, lindas muchachas, inteligentes y de imaginación muy despierta.

En el personal de la Metro Goldwyn Mayer, los casados están en mayoría: hay cuatro casados por cada soltero. Entre los primeros se cuenta Tim McCoy, Edward Connelly, todos los actores de carácter y los viejos artistas. Probablemente por este tiempo, el año próximo, la Metro Goldwyn Mayer no contará ya con ningún soltero entre sus estrellas del sexo masculino y tan sólo unas tres o cuatro entre las del bello sexo.

En cuanto a mí, estoy fuera de combate. Todo el mundo sabe que soy casado y que estoy orgulloso de mi mujer y de mis hijos. Recibo, naturalmente, muchas cartitas divertidas, pero las muchachas que me escriben creyéndome soltero, no tienen ya posibilidad de continuar en su error.



Empresarios y concesionarios cinematográficos que asistieron al reparto de los premios de nuestro plebiscito



Los asistentes, visitando nuestros talleres. (Foto. Badosa)

KEEP OFF THE
FOUNTAIN

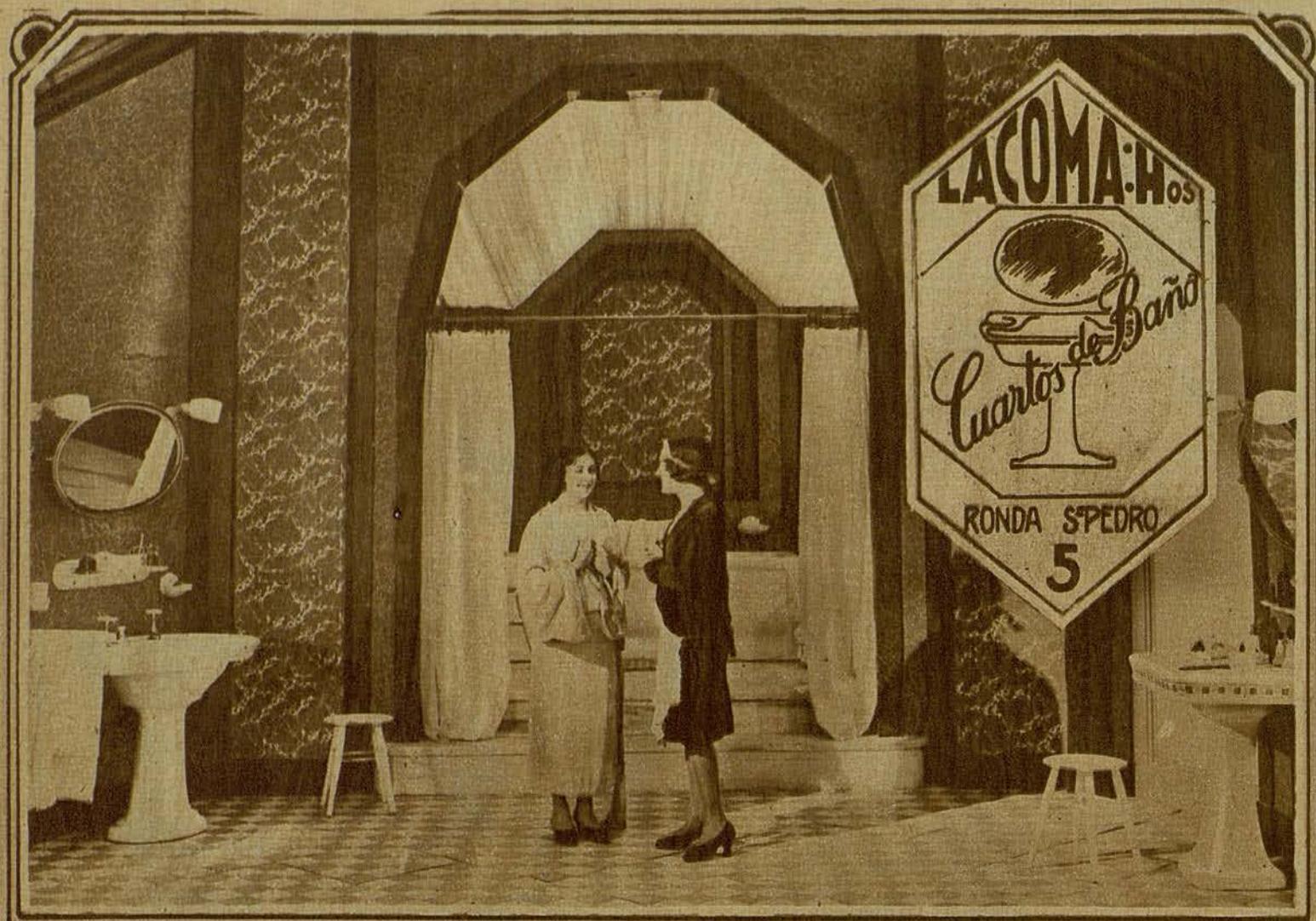


MGMP-4

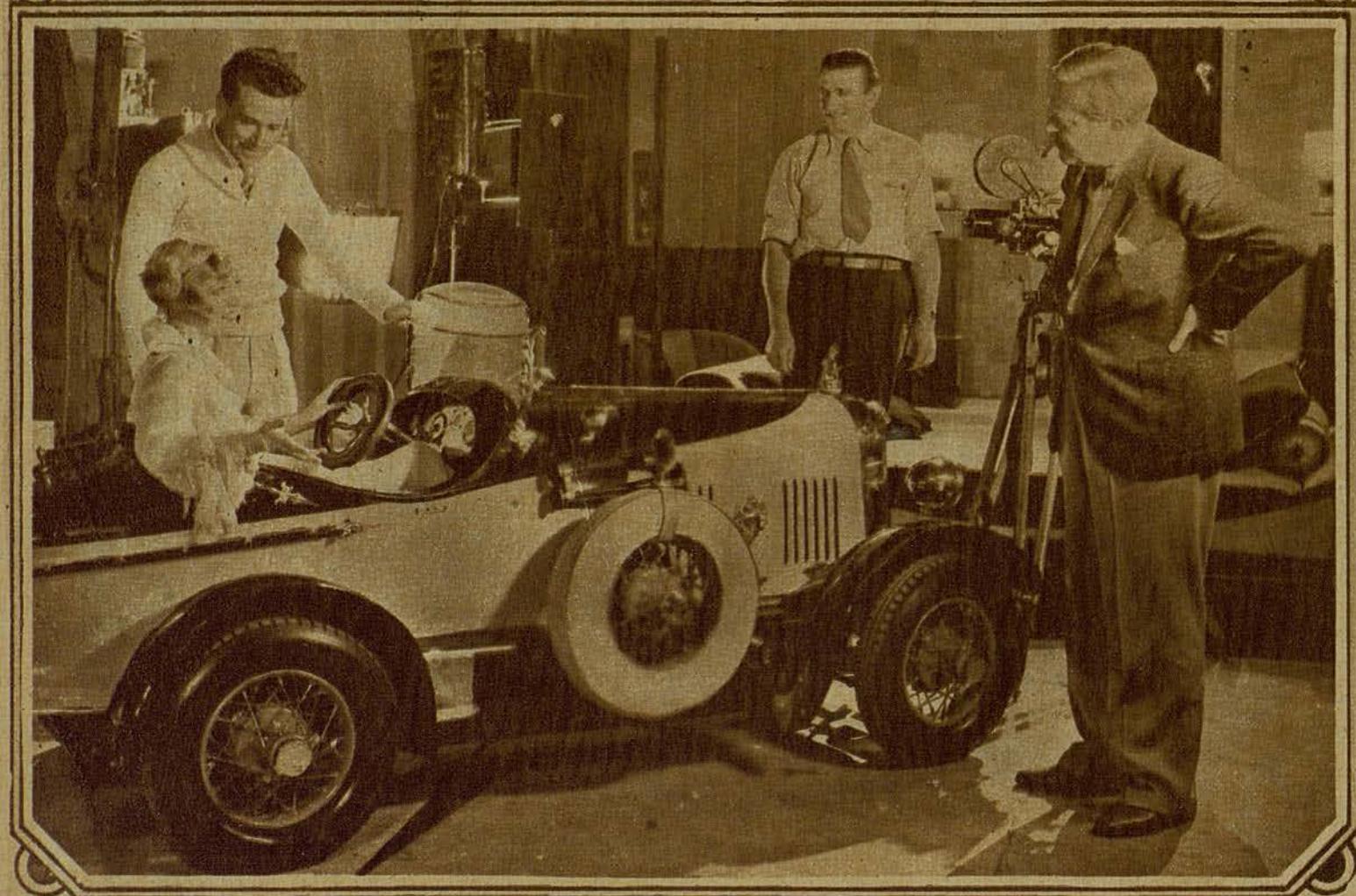
Marcellina Day, estrella de la M. G. M.,
se defiende del calor



Lindo tocado exhibido por Bebe Daniels, la bella artista de la Paramount,
en uno de sus últimos films



Elvira de Amaya, protagonista del film nacional Gaumont «La última cita»



Marion Davies, de la M. G. M., con su diminuto automóvil, llega al mismísimo escenario